

**«María es la "Virgen oyente", que acoge con fe la palabra de Dios:
fe, que para ella fue remisa y camino hacia la Maternidad divina »**
(*Marialis Cultus*, 17)

Queridos, Hermanos, Hermanas, Laicos(cas) Asociados(das),

¡Saludos de esperanza, de amor, de alegría y de paz de Dios y Buena fiesta de la Inmaculada Concepción!

Acabamos de entrar en el nuevo año litúrgico, marcado por el tiempo de Adviento. Es un nuevo comienzo para nuestro viaje espiritual - nuestra peregrinación de fe centrada en Cristo Jesús, la Sabiduría encarnada. Al comienzo de este tiempo de Adviento, la Iglesia nos invita a reflexionar sobre María, «la excelente obra maestra del Altísimo» (VD 5), «paraíso terrenal del nuevo Adán» (VD 6), celebrando la solemnidad de su inmaculada concepción. Desde los siglos VII y VIII en Oriente, exactamente nueve meses antes de la fiesta de la Natividad de María (8 de septiembre), se celebraba una fiesta de la Concepción de María y más tarde, desde el siglo XI, en Occidente, esta solemnidad forma parte del período de Adviento y Navidad, ligando la espera mesiánica y el regreso glorioso de Cristo al recuerdo admirativo de María, nuestra Madre y Modelo. ¿Por qué debemos volver a María evocando su inmaculada concepción al comienzo del período de Adviento? El Beato Papa Pablo VI explicó que esta celebración nos da «la preparación radical (cf. Is 11, 1.10) a la venida del Salvador y el feliz exordio de la Iglesia sin mancha ni arruga» (*Marialis Cultus* 3). En esta celebración estamos invitados a tomarla como modelo para prepararnos a acoger la venida de nuestro Salvador, Jesucristo, Hijo de Dios e Hijo de María (ver *Marialis Cultus* 4).

Al considerar la concepción de María a la luz del misterio de la Encarnación, san Montfort dice:

Por último, cuando llegó el momento de realizar la redención de los hombres, la Sabiduría divina se construyó una casa, una habitación digna de ella misma. Creó y formó en el seno de Santa Ana a la divina María, con mayor complacencia que la que había experimentado en la creación del universo. Es imposible expresar las inefables comunicaciones de la Santísima Trinidad a tan hermosa creatura, lo mismo que la fidelidad con que María respondió a las gracias de su Creador (ASE 105).

En su Verdadera Devoción de Nuestra Señora, san Montfort dice también:

La divina María es el sublime y divino mundo de Dios... la magnificencia del Altísimo, quien ocultó allí, como en su seno, a su Unigénito, y con El lo más excelente y precioso. ¡Oh! ¡Qué portentos y misterios ha ocultado Dios en esta admirable creatura, como Ella misma se ve obligada a confesarlo - no obstante su profunda humildad-: ¡*El Poderoso ha hecho obras grandes por mí!*» (VD 6).

En su mensaje del Ángelus del 8 de diciembre de 2020, el Papa Francisco declaró que la Inmaculada Concepción es «una de las maravillas de la historia de la salvación». Lo maravilloso y sorprendente es que la madre María fue fiel a vivir su vida de acuerdo con las gracias que Dios le había dado. San Montfort decía:

La divina María realizó en catorce años tales progresos en la gracia y sabiduría de Dios, su fidelidad al amor del Señor fue tan perfecta, que llenó de admiración no sólo a los ángeles, sino también al mismo Dios. Su humildad, profunda hasta el anonada-

miento, embelesó al Creador; su pureza, enteramente divina, lo cautivó; su fe viva y sus continuas y amorosas plegarias le hicieron violencia. La Sabiduría se encontró amorosamente vencida por tan amorosa búsqueda: "¡Oh! ¡Cuán grande fue el amor de María que venció al Omnipotente!", exclama San Agustín (ASE 107).

María, nuestra Madre, es santa, pura de corazón, sin mancha de pecado. En efecto, está llena de gracia porque nunca se ha dejado guiar por el espíritu del mundo, ni siquiera por su propio espíritu. Es siempre dócil al Espíritu de Dios. Jesús, en sus bienaventuranzas, dijo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque el reino de los cielos es suyo... ¡Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios! (Mt. 5: 3, 8). La santidad, la pureza de corazón, la pobreza de espíritu es la condición fundamental que permite a la Sabiduría encarnada, Jesucristo, construir su muerte en nosotros. Por la gracia de nuestro bautismo, Dios nos hizo santos como él. Celebremos la solemnidad de la Inmaculada Concepción de nuestra Madre como un momento de gracia para cada uno de nosotros a fin de renovar nuestra consagración a Jesús por María renovando las promesas de nuestro bautismo. El Papa Francisco dijo: La belleza no convencional de nuestra Madre es inimitable, pero al mismo tiempo nos atrae. Encomendémonos a ella y digamos de una vez por todas «no» al pecado y «sí» a la Gracia» (Discurso del ángelus, 8 de diciembre de 2020).

Que nuestra Madre, María, nos guíe y nos forme a parecernos cada vez más a su Hijo, Jesús. Y vivamos y hagamos todo por María, con María, en María y para María, para hacerlo más perfectamente por Jesús, con Jesús, en Jesús y para Jesús (ver VD 257 - 265).

¡Feliz Solemnidad de la Inmaculada Concepción!



A handwritten signature in black ink, appearing to read "Yoseph Putra Dwi Darma WATUN".

P. Yoseph Putra Dwi Darma WATUN, SMM
Supérieur général